

EL CLAROSCURO DEL MITO GUADALUPANO

Todas las arbitrariedades son posibles en México. También pintar a Cristo arrodillado ofreciendo rosas a la Virgen de Guadalupe. En el santuario de la Congregación de Querétaro, el temerario artista pintó este relato en un hermoso luneto que decora la sacristía. Mas no importa la disparatada inversión de las jerarquías si de lo que se trata es poner en relieve la importancia del culto guadalupano que ocupa un lugar central en el catolicismo mexicano.

Non fecit taliter omni nationi. Ella nos eligió. Hasta ahora —y dados tantos yerros y desgracias— no sabemos bien a bien para qué. Pero ha estado aquí, omnipresente, en las horas de orfandad, en las luchas cívicas, en los días y noches más festivos. Su imagen nos fundó. Nos ha congregado. En este sentido, el milagro de las apariciones y la existencia del indio Juan Diego pasan a segundo término. Tales son cosas que conciernen a la burocracia católica, a sus políticas e intereses. El milagro está en la invención poética del mito, en la belleza y fuerza de la imagen tutelar, en el astuto sincretismo que la asocia con Tonantzin.

¿Quién pintó esa maravilla? Tal vez atenido al prodigio plástico, Fray Servando Teresa de Mier nos quiso hacer creer, en su aberrante discurso patriótico de 1793, que la virgen de Guadalupe había sido impresa en la capa del apóstol Santo Tomás, insólito predicador precolombino. Cualquier relato fantástico podría parecernos verosímil ante semejante belleza que cumple, además, la función de representar a la madre perfecta, primero de un pueblo vencido y despojado de todo y, más tarde, por vueltas de la historia, de una nación que se busca a sí misma, torpemente, en una absurda preferencia mariana.

Pero si la distinción de amor y de poder –que toda nación encierra– carece de sentido, no así la belleza que la imagen guarda en ese rostro mestizo por ser moreno pero cuyos rasgos tienen un matiz europeo en nariz y labios finísimos. La Guadalupana es una joven madre lujosamente ataviada con un manto de estrellas y túnica de flores, a la que sol y luna rinden tributo, el uno con sus rayos, la otra como pedestal. Reina del cielo, sostenida por un ángel servicial, la imagen se corresponde con las habilidades y talentos de sus hijos que, antes o después de la conquista, han sobresalido como pintores, escultores, alfareros, orfebres.

La he visto desde niño. Y nada me ha conmovido más que sus manos, que apenas se tocan en actitud de oración, de infinita piedad. Ella lo es todo para un pueblo que concurre a su santuario para prodigarse, para dar ejemplo de eso que llama Jean Duvignaud “don de nada”. La estética del guadalupanismo no es solamente de la imagen, sino también la del canto, la danza, la ofrenda, las lágrimas, el sacrificio del peregrino que sangra y solloza, la esperanza indescifrable de un pueblo adolescente que encuentra en ella, más que refugio y consuelo, su única alegría.

Miguel Sánchez, que a mediados del siglo XVII escribió el relato de las cinco apariciones, dejó constancia de esta significación: “todos los trabajos, todas las penas, todos los sinsabores que pueda tener México se olvidan y se remedian, recompensan y alivian con que aparezca y salga de ella, como de su misterioso y acertado dibujo, la Semejanza de Dios, la imagen de Dios, que es María en su Santa Imagen de nuestra mexicana Guadalupe”.

Para que el mito sea eficaz debe ser encantador. El culto guadalupano, con su fuerza poética, subyugó la imaginación del pueblo vencido, pero sobre todo, aseguró la obediencia a un nuevo sistema de dominación. El Estado español, principal defensor de la Contrarreforma, hizo gala de recursos para mantener el orden católico. Cimentado sobre el autoritarismo monárquico y la economía más centralizada –que le costó pronta decadencia– usó, en defensa de la fe, la inteligencia, la fuerza, la intimidación... y la imaginación. Creó la Inquisición, apoyó la Compañía de Jesús. Y en tierras de la Nueva España, fomentó el culto guadalupano, paradigma de una estrategia más convincente que la espada. Pues ¿qué más poderoso imán que la imagen de una madre tierna y mimosa podría encontrar la Iglesia, fiel servidora del Imperio, para someter al espíritu del pueblo conquistado?

Más que el germen de una conciencia nacional, desde la perspectiva sociológica, el culto guadalupano, cuya importancia creció a lo largo de dos siglos, desde las apariciones supuestas hasta la proclamación de Guadalupe como Patrona del reino en 1748, se convirtió paulatinamente en el mejor instrumento para llevar hasta lo más profundo de la conciencia la fe autoritaria.

Aunque eventualmente, en el imaginario colectivo, la virgen guadalupana ha llegado a ser el símbolo emancipador en el portaestandarte de Miguel Hidalgo o en los sombreros de los zapatistas, ha sido, por encima de todo,





la clave de la fidelidad de las masas al Papado. Bien sabía Juan Pablo II lo que decía en aquel grito "México siempre fiel". Por supuesto que estaba de por medio la bella intercesora.

Y sin embargo, cuán intrascendente resulta el guadalupanismo desde la perspectiva moral. Pues guadalupanos son por igual hombres honestos que malvivientes sanguinarios. Como a toda madre se le venera, se le pide, se le promete sin consecuencia ética alguna. Como si una sustancia inmadura y estéril saboteara toda intención moral. El contraste es brutal. La portentosa serenidad de la madre preside los hogares donde se enseñorean el machismo, la corrupción institucional, la violencia intrafamiliar, la insensatez. La veneración convive, en el límite de lo grotesco, con la monstruosidad moral de políticos ambiciosos y fraudulentos, de secuestradores que mutilan los cuerpos de sus víctimas. El icono ornamenta ya como tatuaje el brazo de un homicida, ya como joya el arma de un traficante de drogas.

El icono guadalupano es el más rentable y envilecido de México. Los administradores del gran santuario ostentan en sus hábitos y en su vestir los dividendos multimillonarios del culto; las empresas de comunicación se disputan la transmisión de las celebraciones; los ídolos populares bailotean grotescamente ante la mirada atónita de la nación entera. Amenazada por la proliferación de comunidades cristianas, la Iglesia católica pretende conservar su poder apoyándose en la religiosidad más extraviada.

Ser guadalupano no significa deber alguno hacia los demás. Acaso sólo el alcohólico formula su juramento de no beber. Todos los prejuicios y restricciones del catolicismo cohabitan con el culto: intolerancia religiosa, represión sexual, misoginia. De esta suerte, la belleza y el lirismo contribuyen a perpetuar una condición de irremediable debilidad y opresión. Mientras el paria encuentre el consuelo en la madre, mientras viva inmerso en ese sentimiento edipiano, será imposible la madurez ciudadana.

La decadencia del mito, en estas horas, no es el resultado de un crecimiento espiritual de México sino de su lumpenización. El espacio de los ilegalismos se extiende por todos lados. Desprovistas de recursos democráticos para hacer valer sus derechos, las masas se apropian la calle, los predios; practican el contrabando, asaltan a mano armada; se abren paso con lujo de violencia. La putrefacción llega hasta el santuario y sus alrededores, atestados de comerciantes callejeros, prostitutas, vendedores de droga.

No es tanto la homogeneidad cultural planetaria la que hoy destruye el mito, como nosotros mismos, empeñados en consumir el suicidio. Si, desde el punto de vista de la psicología social, la invención del mito guadalupano restauró el sentido de pertenencia que la conquista devastó en el alma de los habitantes de esta tierra, nuestra indigencia moral hoy vuelve a aniquilarlo. El corazón de los mexicanos está roto: ha destruido lo que más ha amado. Guadalupe, la bellísima joven madre de un pueblo elegido para insospechables grandezas, es hoy la Reina del caos, la más triste de todas. LC

